

HONORÉ DE BALZAC

**Cuitas de amor
de una gata inglesa**

Ilustraciones de J. J. Grandville

Traducción de Alicia Martorell

Alianza editorial



Cuando llegó a Londres el informe de la primera sesión, ¡oh, animales franceses!, hizo latir el corazón de los amigos de la Reforma Animal. En mi fuero interno tenía tantas pruebas de la superioridad de los animales sobre el hombre que, en mi calidad de gata inglesa, consideré que había llegado la ocasión tan anhelada de publicar la novela de mi vida, con el fin de mostrar cómo, ¡ay de mí!, me atormentaron las leyes hipócritas de Inglaterra. Ya por dos veces, unos ratones que he jurado respetar desde el *bill* que promulgó su augusto Parlamento me habían acompañado a la imprenta de Colburn y yo me pregunté, al ver a

esas ancianas solteronas, señoras de mediana edad e incluso recién casadas, corrigiendo las galeradas de sus libros, por qué, dado que yo también tengo garras, no iba a usarlas a mi vez. Nunca sabremos lo que piensan las mujeres, menos aún las que se meten a escritoras; mientras que una gata, víctima de la perfidia inglesa, tiene interés en decir algo más que su pensamiento, y lo que escriba de más puede compensar lo que callen esas ilustres *ladies*. Tengo la ambición de ser la señora Inchbald de las gatas y les ruego que tomen en consideración mis nobles esfuerzos, ¡oh, gatos franceses!, entre los que nació la casta más grande de nuestra raza, la del Gato con Botas, modelo eterno del Reclamo que tantos hombres han imitado, aunque de momento no le hayan levantado una estatua.

Nací en una rectoría de Catshire, cerca de la pequeña ciudad de Miaulbury. La fecundidad de mi madre condenaba a casi todos sus hijos a una suerte cruel, pues ya saben que todavía no se conoce la causa de la maternidad intemperante entre las gatas inglesas, que amenazan con poblar el mundo entero. Los gatos y gatas atribuyen, cada uno por su lado, este resultado a su carácter amable y a sus propias virtudes, pero algunos observadores impertinentes opinan que los gatos y gatas deben respetar en Inglaterra conveniencias tan absolutamente aburridas que no encuentran más forma de diversión que estas pequeñas ocupaciones familiares. Otros arguyen que se trata de cuestiones importantes relacionadas con la industria y la política, de-

rivadas de la ocupación inglesa de las Indias, pero estas cuestiones son poco decentes entre mis patas y se las dejo a la *Edimburg Review*. Quedé exonerada del ahogamiento preceptivo gracias a mi pelaje absolutamente blanco. Por eso me llamaron Beauty. ¡Ay de mí! La pobreza del ministro, que tenía una mujer y once hijas, no le permitió quedarse conmigo. Una solterona descubrió en mí cierto afecto por la Biblia del pastor, pues siempre me aposentaba sobre ella, pero no por religión, sino porque no veía en ese hogar ningún otro lugar más limpio. Quizá pensó que pertenecería a la secta de los animales sagrados, de la que ya forma parte la burra de Balaam, y me llevó consigo. Entonces sólo tenía dos meses. La solterona, que organizaba veladas a las que invitaba mediante notitas que prometían «té y Biblia», intentó transmitirme la ciencia fatal de las hijas de Eva; lo consiguió mediante un método protestante que consistía en asestar razonamientos tan largos sobre la dignidad personal y las obligaciones que nos impone la sociedad que era preferible el martirio a tener que escucharlos.

Una mañana, yo, pobre hija de la naturaleza, atraída por la nata de un tazón sobre el que había una tostada, le di una patadita a ésta, lamí la nata y luego, movida por el júbilo, y quizá también por efecto de la debilidad de mis jóvenes órganos, me entregué sobre la alfombra reluciente a la necesidad más imperiosa que puede sentir una joven gata. La solterona, al descubrir la prueba de lo que llamó «mi intemperancia» y mi falta de educación, me atrapó, me azotó vigorosamente con varas de abedul y declaró ofendida que me convertiría en una *lady* o bien me abandonaría.

—¿No le da vergüenza? —decía—. Aprenda, *miss* Beauty, que las gatas inglesas envuelven en el misterio más profundo las cosas naturales que podrían atentar contra el pudor inglés y se apartan de todo lo que es *improper*, aplicando a cada criatura, como habrá oído decir a menudo al reverendo doctor Simpson, las leyes que hizo Dios para la creación. ¿Ha visto alguna vez a la Tierra comportarse de forma indecente? ¿Acaso no pertenece usted a la secta de los *saints* (debe pronunciarse *seints*) que caminan muy



lentamente el domingo para que nadie piense que hacen otra cosa que pasear? Aprenda a sufrir la muerte mil veces antes de revelar sus deseos: tal es la virtud de los *saints*. El mejor privilegio de una gata es escabullirse con la gracia que la caracteriza y dirigirse a un lugar ignoto a ocuparse de las pequeñas cuestiones higiénicas. De esta forma sólo se mostrará a las miradas en toda su belleza. Los demás, encandilados por las apariencias, la tomarán por un ángel. A partir de ahora, cuando sienta una necesidad de ese tipo, asómese a la ventana, como si quisiera dar un paseo, y diríjase a un tejado o a un arbusto. Si el agua, hija mía, es la gloria de Inglaterra, es precisamente porque Inglaterra sabe sacar provecho a los líquidos, en lugar de dejarlos correr tontamente, como hacen los franceses, que nunca tendrán marina a causa de su indiferencia por el agua.

En mi pobre sentido común de gata, pensé que había mucha hipocresía en esta doctrina. ¡Era tan joven!

—¿Y qué debo hacer cuando llegue al tejado? —pensé mirando a la solterona.

—Cuando estés sola, y muy segura de no estar a la vista de nadie, bueno, Beauty, podrás rendirte a la necesidad con mayor encanto, porque te habrás retenido en público. Aquí reside la perfección de la moral inglesa, que se ocupa exclusivamente de las apariencias, pues este mundo, ¡ay!, sólo es apariencia y decepción.

Confieso que todo mi sentido común de animal se rebelaba contra esta ocultación, pero, a fuerza de vergazos, acabé comprendiendo que la limpieza exterior debía ser la única virtud de una gata inglesa. Desde ese momento me acostumbré a ocultar bajo la cama las golosinas que me gustaban. Nadie me volvió a ver comiendo, bebiendo o aseándome. Y así me convertí en la perla de todas las gatas.

Tuve entonces la ocasión de observar la estulticia de los hombres que se dicen sabios. Entre los doctores y otras gentes pertenecientes al círculo de mi ama, estaba ese tal Simpson, un imbécil, hijo de un rico terrateniente, que estaba esperando una prebenda y que, para merecerla, daba explicaciones religiosas a todo lo que hacían los animales. Una noche

me vio lamiendo leche de un tazón y felicitó a la solterona por mi educación, pues me vio lamer primero el borde del plato y luego dar vueltas hasta reducir poco a poco el círculo de leche.

—Vean cómo en santa compañía todo se perfecciona: Beauty representa la eternidad, pues describe el círculo que es su emblema mientras lame la leche.

La conciencia me obliga a confesar que la aversión de las gatas a mojarse el pelaje era la única causa de mi forma de beber, pero los eruditos siempre nos juzgan mal, pues se preocupan mucho más por mostrar su agudeza que por entender la nuestra.

Cuando las señoras o caballeros me tomaban en brazos para pasar la mano por mi lomo de nieve y hacer saltar chispas de mi pelaje, la solterona decía orgullosa: «Puede tenerla en brazos, no tiene nada que temer por su atuendo, está admirablemente educada». Todo el mundo me consideraba un ángel y me ofrecían las golosinas y manjares más delicados, pero quiero declarar que me aburría profundamente. Me pareció muy comprensible que

una gatita del vecindario se hubiera fugado con un gato. Esta palabra, «gato», causó como una enfermedad en mi alma que nada podía curar, ni siquiera los cumplidos que recibía o más bien que mi ama se prodigaba a sí misma: «Beauty es completamente moral, es un angelito —decía—. Aunque sea tan hermosa, hace como si no lo supiera. Nunca mira fijamente a nadie, es el colmo de la urbanidad aristocrática; es cierto que a menudo se deja admirar, pero sobre todo tiene esa insensibilidad perfecta que pedimos a nuestras jóvenes señoritas y que es tan difícil obtener. No viene hasta que se lo pides, nunca se subirá al regazo con familiaridad, nadie la ve comer y, desde luego, ese monstruo de Lord Byron la hubiera adorado. Como a las auténticas inglesas, le gusta el té; escucha con circunspección cuando explicamos la Biblia y no piensa nada malo de nadie, por lo que es libre de escuchar maldades. Es sencilla y sin afectación, no le interesan las joyas; si le dan una sortija, no le prestará atención; no imita la vulgaridad de las cazadoras, le gusta el hogar, el *home*, y es tan tranquila que parece una gata mecánica



fabricada en Birmingham o en Mánchester, lo que viene a ser el *nec plus ultra* de la buena educación».

Lo que los hombres y las solteronas llaman «educación» es un hábito que hay que adquirir para ocultar las tendencias más naturales y, cuando conseguimos alcanzar la depravación total, nos dicen «bien educadas». Una noche, mi ama pidió que cantara a una de las señoritas. Cuando la joven se dirigió al piano y cantó, enseguida reconocí las melodías irlandesas que había escuchado en mi infancia y comprendí que yo también estaba dotada para la música. Uní mi voz a la de la joven, pero recibí pescozones llenos de ira, mientras que la señorita recibió cumplidos. Esta injusticia soberana hizo que me rebelara, así que me escapé al desván. ¡Sagrado amor de la patria! ¡Oh! ¡Qué noche deliciosa! ¡Supe lo que eran los tejados! Escuché los himnos que los gatos les cantan a las gatas y estas elegías adorables me hicieron lamentar las hipocresías que mi ama me obligaba a aprender. Algunas gatas me vieron y parecieron sentirse ofendidas por mi presencia cuando un gato de vello

erizado, barba magnífica y aires de gran señor se acercó a examinarme y dijo a la concurrencia: «¡Es una cría!». Ante estas palabras despreciativas, me puse a saltar por entre las tejas y a dar brincos con la agilidad que nos caracteriza, y caí sobre mis patas de esa forma flexible y suave que ningún animal es capaz de imitar, sólo para demostrar que no era tan cría. Tanta gatería no sirvió de nada. «¡Cuándo me cantarán himnos a mí!», me dije. El aspecto de estos fieros gatazos, sus melodías, con las que no puede rivalizar la voz humana, me habían emocionado profundamente y me llevaron a idear pequeñas poesías que cantaba por las escaleras. Pronto iba a ocurrir un hecho inconmensurable que me apartaría de mi vida, tan inocente. Me iba a llevar a Londres la sobrina de mi ama, una rica heredera que se encaprichó conmigo, que me achuchaba y acariciaba con vehemencia y que me gustó tanto que me encapriché yo de ella, en contra de nuestra costumbre. No nos separamos más y pude observar a la alta sociedad londinense en plena temporada. Así fue como conocí la perversidad de las costumbres inglesas



Cuitas de amor
de una gata francesa

P.-J. STAHL

**Cuitas de amor
de una gata francesa**

Minina y Bebita
(La verdad sobre Brisquet)

Ilustraciones de J. J. Grandville

Traducción de Alicia Martorell

Alianza editorial

De Minina a Bebita¹

Primera carta



¿Qué pensarás, querida Bebita, al recibir mi carta, la carta de tu hermana, que quizá creíste muerta, a quien sin duda has llorado para después olvidarla?

Perdóname que te lo diga así, mi pobre Bebita, vivo en un mundo en el que no sólo se olvida a los muertos; a mi pesar, mis opiniones están marcadas por las que oigo en boca de estos hombres que merecen todo nuestro desdén.

¹ Seguramente, la correspondencia que vamos a leer no se ha publicado nunca. No le hubiéramos dado importancia si no fuera porque contiene algunas revelaciones curiosas sobre la vida de un personaje que el autor del artículo titulado *Cuitas de amor de una gata inglesa* (engañado, sin duda, por documentos falaces) intentó presentar como mártir del amor.

Te escribo, ante todo, para decirte que no estoy muerta y que te amo, y que sigo viva para volver a ser tu hermana, si eso fuera posible.

Esta noche ha tornado a mí el recuerdo de nuestra anciana madre, tan buena y tan pendiente de nuestra higiene, la principal ocupación de su jornada, y de su perseverancia singular alisando nuestro pelaje sedoso para destacar nuestra belleza, porque, como decía, ¡debemos gustar a todos!

Recordé enternecida esta sencilla vida de familia que nos trajo días tan bellos y juegos tan agradables y una amistad tan franca que añoro en todos sus aspectos, Bebita, incluso en nuestras disputas y arañazos, y he pensado que debía a los que me amaron el relato de lo que me

Así pues, no tanto por el interés particular que pudieran tener las aventuras de Minina y Bebita como para restablecer la verdad de los hechos relativos a Brisquet, reservamos un lugar en nuestro segundo volumen a las *Cuitas de amor de una gata francesa*.

NOTA DEL REDACTOR

alejó de ellos e impedía mi retorno. Y, corriendo el albur, me puse a escribir en silencio, aquella misma noche, a la pálida luz de una lamparilla de alabastro, que adorna con su débil claridad el suntuoso sueño de mi elegante ama, sobre su escritorio de ébano con incrustaciones de oro y marfil, en este papel fino y perfumado...

Ya ves, Bebita, soy rica, pero cuánto más quisiera ser feliz.

Rápido, Bebita, adiós, hasta mañana, mi ama se despierta. Sólo tengo un momento para hacer una bola con mi carta y esconderla bajo un mueble, donde se quedará hasta la mañana.

Cuando amanezca, se la entregaré a uno de los nuestros, que ahora mismo merodea a la espera de mis órdenes por la terraza del jardín, que me traerá tu respuesta. Contéstame pronto.

¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Tu carta me dirá qué ha sido de nuestra madre!

Tu hermana,

MININA

Posdata: Puedes confiar en mi mensajero. Sin duda, no es joven, ni guapo ni un caballero español, pero es fiel y discreto; ha logrado descubrirme tu paradero. Y me ama, me ama tanto que está encantado de ser mi humilde correveidile. No te compadezcas: ¿acaso no es el amor la más noble de las servidumbres?

Puedes dirigir tu carta a madama Rosa-Mika, o simplemente Mika, que es como me conocen aquí.

No cabe duda, mi ama se despierta; hace un tiempo que duerme mal y temo que me sorprenda si escribo una palabra más. Adiós, una vez más.

Reconocerás en todos estos garabatos más el corazón que la letra de tu hermana.

De Bebita a Minina

Segunda carta

Mi querida Minina, creí que iba a volverme loca al leer tu carta, que ha supuesto para todos una gran alegría.

Podría decirse que es gran cosa ver morir a todos nuestros parientes por la alegría de verlos resucitar de esta forma.

Minina, tu marcha nos causó gran tristeza, ¡qué maldad, habernos dejado tanto tiempo en la desesperación!

Si supieras cómo ha cambiado la casa desde que faltas... Nuestra madre está ciega y sorda. ¡Pobre anciana! Se pasa los días en la puerta de la gatera sin decir ni sí ni no.

Cuando le quise anunciar que no habías muerto, que no había duda de ello, no logré hacerme entender, no me oía porque está sorda, no podía ver tu carta porque está ciega.

Vaya, Minina, tuvo tanta pena cuando nos dejaste que, tras haberte buscado por todas partes, enfermó y quedó en su estado actual. O quizá sean los años; tampoco quiero causarte excesiva aflicción.

Por lo demás, duerme bien, come bien y no se queja, porque no le falta de nada, moriría antes de permitirlo.

Además, nuestra joven ama ha perdido a su madre y es mucho más desgraciada que nosotros, pues al perderla lo perdió todo, excepto sus diez dedos, que le dan de comer, y su hermosa figura, que también ayuda.

Tuvo que abandonar la tiendecita del barrio del Marais, mudarse del bajo al sexto piso y trabajar de la mañana a la noche, y a veces de la noche a la mañana, para vivir. Y lo ha hecho, como se hace todo aquello que no es posible eludir, con valor.

Ya no tenemos leche para desayunar ni un buen plato para cenar, pero, a Dios gracias, sigo teniendo buena mano y buena vista, así que ¡viva la caza!



Me dices con desesperación que eres rica (¡pobre Minina!) y que cuánto más querrías ser feliz.

Si tú te quejas de ser rica, hermanita, no sé cómo haré para quejarme de ser pobre. ¡Qué desgracia, vivir a mesa puesta, con un ajuar blanco y escudillas doradas, llenas de delicados manjares!

¿Acaso no parece, al escucharte, que lo que a nosotros nos falta sirve para comprar lo que ni vuestras mismas riquezas os pueden procurar? Algún día nos demostrarán que la pobreza es un remedio contra todos los males y que no tener qué cenar es lo que hace falta para ser feliz. ¿De verdad crees que la fortuna es mala para la felicidad? Entonces busca la ruina y la pobreza, no hay nada más fácil, podrás vivir de lo que cazas, si es que puedes. Ya me dirás cómo te va.

Vamos, Minina, un poco de valor y, sobre todo, un poco de sentido común. Quéjate de ser infeliz, pero no de ser rica, porque nosotros somos pobres y sabemos lo que es la pobreza.

Te riño, Minina, porque soy tu hermana mayor, como hacía en otros tiempos. Perdóname. ¿Acaso no sabes que tu Bebita estaría encanta-

da de ser te útil? No me hagas esperar mucho tu próxima carta, pues me tienes preocupada. Empiezo a temer que estés buscando la felicidad en caminos por los que nunca se la ha visto.

Espero que no me ocultes nada. ¿Quién sabe? Cuando lo hayas trasladado a este papel perfumado del que me hablas, quizá te liberes de parte del peso que te abrumba.

Adiós, Minina, ya he platicado bastante, nuestra madre tiene hambre y la cena sigue correteando por el desván.

Allí las cosas no son fáciles, los ratones son listos y sofisticados y cada día son más hábiles; hace tanto tiempo que nos los comemos que empiezan a darse cuenta.

Tengo como vecino a un gato que no estaría mal si no fuera tan original. Le encantan los ratones y quiere que algún día llegue la revolución de los ratones contra los gatos, y nos estará bien empleado.

Quizá debería aprovechar que, gracias a Dios, vivimos en paz para salir a cazar por sus tierras. ¡Pero no hablemos de política!

Adiós, Minina, adiós. Tu mensajero me espera y se niega a decirme dónde te podría encontrar. ¿Nos veremos algún día?

Tu hermana, siempre,

BEBITA

Posdata: Reconozco que tu anciano mensajero es muy feo, pero cuando vi lo que me traía me pareció encantador y lo besé, a fe mía, de todo corazón. Casi me hizo una reverencia al entregarme la carta «de parte de madama Rosa-Mika».

A propósito, Minina, ¿estás loca? ¿Cómo se te ha ocurrido cambiar de nombre? ¿Acaso Minina no era un nombre lo bastante bueno para una bonita gata blanca como tú? Nuestros vecinos se han reído con ganas de tu nuevo nombre, no lo hemos podido encontrar en el santoral de los gatos.

Acabo, ya no me queda papel, te escribo a la luz de la luna, no en papel fino y perfumado, Minina, sino en el patrón viejo de un gorro que mi ama ya no necesita. Ahora está